

Paul Pettitt: *The Palaeolithic Origins of Human Burial*. Routledge, Londres/Nueva York, 2011. ISBN: 13:978-0-415-35490-5

Este libro recopila de forma crítica todas las evidencias, seguras y dudosas, de enterramientos paleolíticos, realiza una aproximación holística al desarrollo de la actividad mortuoria entre las poblaciones del Pleistoceno final y propone un nuevo marco heurístico para repensar los orígenes de una innovación - el enterramiento -, que caracteriza a los neandertales y los humanos modernos y los diferencia tanto de los homínidos anteriores como del resto del mundo animal. Es cierto que no es, ni mucho menos, el primero en abordar el tema pero sí el primero en avanzar sólidamente en las tres direcciones señaladas. Desde finales del s. XIX y sobre todo desde la referencia clásica de Leroi-Gourhan (1964) los enterramientos paleolíticos han atraído mucho interés pero, de una forma un tanto desconcertante, los ensayos se han movido desde recopilaciones no demasiado críticas con la naturaleza de los registros arqueológicos (Binant 1991 y Defleur 1993) hasta posiciones “negacionistas” que han cuestionado casi todos los casos, como la del estadounidense Gargett (1989, 1999), o más equilibradas como la de Clive Gamble (2001).

No resulta fácil establecer un cálculo exacto pero, *grosso modo*, podríamos decir que, frente al gran avance teórico y metodológico en la arqueología de la muerte desde la década de 1970 (Nilson-Stutz y Tarlow, en prensa), la cantidad de enterramientos paleolíticos excavados con rigor en los últimos 40 años es mínima y probablemente representa menos del 10/15% del total de las evidencias mortuorias disponibles. En otras palabras, hemos desarrollado un fuerte aparato analítico-reflexivo - del que este libro constituye la última aportación por ahora - pero los restos funerarios de neandertales y humanos modernos permanecen esquivos en muchas áreas euroasiáticas y en casi todos los yacimientos.

Lo más básico por lo que empieza el autor es por la definición de enterramiento, con tres actividades sucesivas, una suerte de “cadena operativa” mortuoria: 1) excavación de la tumba, 2) colocación del cuerpo, y 3) cubrimiento o cerramiento del cuerpo. La disposición de ofrendas o elementos de ajuar es algo secundario. Por tanto un enterramiento paleolítico implica comunicar un conjunto de ideas en una definida cadena operativa funeraria. Y desde luego, casos como los de La Ferrassie, con un escenario de varias fosas, pequeños túmulos y cuerpos de adultos y niños enterrados en distintos puntos, o el de Le Regourdou, con un enterramiento humano y al lado en otro depósito el de un oso cavernario, exigieron alguna forma de intercambio de ideas a través de lenguaje verbal porque además la organización de los conjuntos funerarios se hizo en varios momentos e implicaron la transmisión de “memoria” sobre las primeras actuaciones.

Frente a esta definición, lo que podríamos llamar el “ocultamiento funerario”, es decir, la disposición de un cuerpo fuera del ámbito de vida cotidiana, no supone una comunicación compleja, más allá de la acción de quitar de la vista y depositar en un punto concreto un cadáver. Esto es lo que encaja bien con la acumulación de cadáveres en La Sima de los Huesos de Atapuerca. Parece lógico que la idea de enterramiento surgiera a partir del “ocultamiento funerario”, probablemente y como sugiere Pettitt, primero como modificación de aquél y más tarde ya con la deliberada construcción de tumbas. La cristalización del “comportamiento enterrador” sólo pudo producirse en una fase evolutiva con gran capacidad de comunicación verbal y en la que se crearon asociaciones activas entre los vivos y los muertos.

La secuencia, de evolución no lineal, que propone Pettitt para la actividad mortuoria homínida se resume en cinco grandes fases: 1) originaria, 2) de desarrollo, 3) de modernización, 4) moderna y 5) moderna avanzada. En la primera fase (tal vez desde el Mioceno y primeros homínidos del Plio-Pleistoceno), sólo cabe conjeturar, por analogía con otros primates superiores actuales, la curiosidad por los cuerpos inertes de los individuos muertos, comportamientos de desconcierto y “tristeza”, y acaso lo que Pettitt ha llamado “compulsiones de Cronos”: infanticidio y canibalismo. Es un intento verosímil de pensar la muerte desde lo más profundo de nuestra naturaleza primate. Hace algo más de 65 años Gordon Childe (1945: 13) escribió: “No debemos imaginar a los primeros homínidos elaborando una escatología y luego actuando con ella. Las emociones profundas surgen de las crisis recurrentes de la vida y la muerte no encontró expresión en juicios abstractos sino en actos apasionados. Los actos fueron las ideas, no las expresiones de ellas”. Maravillosas palabras a pesar de los años transcurridos.

En la segunda fase, desarrollo de la actividad mortuoria, más allá del posible abandono de cadáveres en “suelos de habitación” de Australopitecos o primeros representantes del género *Homo* y de la continuación de lo señalado en la fase anterior, sólo hay un caso - el sitio AL-333 en la falda de una colina en Hadar (Etiopia) donde abundantes restos de 13 homínidos, con muy pocos restos de fauna e indicios de un enterramiento rápido tras su muerte, es considerado por el autor como el primer depósito/ocultamiento intencional conocido y podría así reflejar un abandono deliberado de cuerpos en un punto determinado del paisaje. Si fue así estaríamos ante el establecimiento de una conexión intencional muertos-paisaje y una interacción, simplemente emocional, de los homínidos vivos con los muertos. En todo caso, la observación de que la actividad mortuoria sólo

sea el reflejo pálido de una pequeña parte de un comportamiento arqueológicamente invisible me parece muy pertinente e incluso habría que pensar que, muy posiblemente, el propio comportamiento mortuorio fuera algo muy excepcional; algo que no formaba parte del comportamiento general en la vida de los homínidos antiguos. El conjunto de la Sima de los Huesos sería el ejemplo más representativo, y plantea la caracterización de una interacción pasiva asociativa, con carácter simbólico o no, de los homínidos de esta etapa con los muertos. En la misma dirección apunta el caso de “Benjamina” en Atapuerca, una niña *heidelbergensis* con deformación craneal que sobrevivió hasta los cuatro o cinco años (Hublin 2009). La compasión del grupo la mantuvo esos pocos años con vida. El cuidado de individuos débiles o incapacitados indica, de alguna manera, que la compasión era regulada, ya en aquellos lejanos tiempos, como una emoción integrada en el pensamiento racional (Spikins et al. 2010).

La tercera fase, de modernización, relacionada con los Neandertales y los primeros humanos modernos (ca. 100.000/40.000? a.p.), supondría la aparición de los primeros enterramientos en sentido estricto y con más difusa identificación la aparición de ofrendas como ajuar, marcadores de tumbas y colorantes. Las tumbas neandertales debieron de ser muy excepcionales y desde luego desconocemos la clave verdadera ¿Quién y por qué recibía enterramiento? Es una realidad que sólo una pequeñísima parte de los más de 800 millones de neandertales que vivieron – y murieron - en Eurasia recibieron sepultura. Por ello, resulta claro que se establecieron conexiones entre la persona social del difunto y el acto del enterramiento. Conexiones que fueron, sin duda alguna, simbólicas en cierta medida: el simbolismo oculto en la decisión de quién era enterrado. Algo sobre lo que por ahora nada sabemos. Más escéptico soy acerca de los simbolismos aparentemente explícitos que se construyeron hace décadas y siguen recogándose en síntesis académicas serias (p.e. Rosas 2010: 90-91): el caso del enterramiento de Shanidar IV con un lecho de flores puede ser resultado de acumulaciones polínicas de roedores locales como ha sugerido bastante convincentemente Sommer (1999) y las dudas sobre la representatividad de las muestras polínicas hacen muy razonable no dar por segura la ofrenda floral, como bien hace el autor (p. 124). La destrucción del mito floral de Shanidar no anula el hecho de que los neandertales tuvieron cierta capacidad de simbolización. En todo caso la tarea futura es precisar sus contornos porque a fecha de hoy comparto la idea de que entre los enterramientos neandertales y los de los humanos modernos no se advierten claras diferencias cualitativas y no hay indicios contundentes de que los últimos fueran culturalmente más avanzados, al menos en la esfera funeraria.

Buena parte de esta fase de modernización de la actividad mortuoria coincide con lo que Renfrew (2007: 95-

98) ha llamado la “fase tectónica” de la evolución humana (desde ca. 60.000 años con la expansión de los humanos modernos). En esta “fase tectónica”, frente a todo el tiempo anterior de “fase de especiación”, la innovación y la transmisión cultural fueron los mecanismos dominantes: aunque continué, evidentemente, la evolución biológica, ahora la evolución pasa a ser esencialmente cultural. Ese papel central de la construcción de cultura encaja bien con la aparición de la construcción cultural de la muerte: la emergencia de los primeros enterramientos.

La cuarta etapa, la fase mortuoria moderna, se centra en los milenios centrales del Paleolítico Superior, posiblemente desde su propio inicio, y las poblaciones humanas modernas en Eurasia, África y Australia crearon una serie de innovaciones en los enterramientos, que superan en número a los de la etapa previa. Pero el carácter excepcional de los enterramientos sigue vigente: no fue el tratamiento de los muertos el más comúnmente practicado en el Paleolítico Superior. Ahora existe una clara asociación de los muertos con lugares del paisaje, enterramientos múltiples y un uso claro de ajuares funerarios. Hay una elaboración en los usos de reliquias humanas y así, consecuentemente, aparece la noción de conmemoración: recuerdo activo de individuos muertos. Las tumbas asocian nuevos elementos (fuego y elementos de arte mueble) que reflejan, de alguna manera, el estatus del difunto en el ritual mortuorio y encontramos los primeros signos de prácticas a escala continental, con variaciones regionales reconocibles en algunos componentes funerarios.

La última fase mortuoria, la moderna avanzada, se desarrolla a finales del Paleolítico Superior y el Epipaleolítico. Además de la persistencia de los rasgos de la fase anterior es destacable la expansión a nuevas áreas (América) y una creciente variabilidad regional y cultural. Asistimos a la aparición de los primeros cementerios o necrópolis, áreas formalmente delimitadas exclusivamente para la colocación de enterramientos: la representación colectiva de la muerte. Pero la historia de los cementerios prehistóricos y el “enterramiento moderno” sólo adquiere pleno desarrollo con los primeros tiempos del Holoceno en el Mesolítico europeo y sobre en el Neolítico, primero en el Próximo Oriente y luego a lo largo de toda Europa. El tiempo de los cazadores/recolectores paleolíticos había terminado y la muerte y sus tratamientos iniciaban nuevos caminos.

Sobre las ilustraciones de libro, es lógico que la inmensa mayoría se limiten a la documentación original de los enterramientos o pretendidos enterramientos, bien en dibujos a línea o en fotografía. Las fotografías de sitios/enterramientos representan cerca del 45% del total de ilustraciones y algo más suponen los dibujos. La cueva de Paviland es el documento gráfico más antiguo (1823) y varios de los más famosos registros funerarios (La-Chapelle-aux-Saints, La Ferrassie, Laugerie Basse, Caviglione, La Madeleine, Skhul V) pertenecen a las

últimas décadas del s. XIX o las primeras del XX. A ello hay que sumar 5 mapas de elaboración propia con las distribuciones de sitios estudiados. Pero, ciertamente, se podían haber presentado cuadros o diagramas de conjunto de forma creativa y potente visualmente para resumir las conclusiones y consideraciones generales. Sólo dos diagramas cumplen esta función: el “modelo chimpancé” de comportamiento en la percepción de la vida y la muerte (fig. 2.2) y otro reflejando la presencia/ausencia de adornos en tumbas neandertales y de *sapiens* de distintas áreas geográficas (fig. 4.8). Algunas figuras publicadas en otros estudios, como p.e. la de Smirnov (1989) con la orientación de enterramientos y su posición dentro de cueva/abrigo o en terraza o las buenas reconstrucciones escénicas de los enterramientos de Dolni Vestonice y Sungir del checo L. Balák (www.donsmaps.com/sungaea.html), habrían merecido ser recogidas. Es preciso recordar que la fuerza de las buenas figuras es difícilmente superable con palabras. En ese sentido, el libro no puede ser más “clásico” pero, personalmente, deploro la pérdida continua de ilustraciones creativas y sintéticas en las publicaciones. Tengo la impresión de que en los libros de arqueología anglosajona cada vez se reducen más las ilustraciones, llegando a la supresión total, bien por la tendencia de los propios autores o bien por la imposición de las editoriales. Debemos hacer un ruego por la ilustración arqueológica porque, como bien dijo la australiana Stephanie Moser (1998), la arqueología es una disciplina fuertemente visual aunque no lo sea de forma explícita. Y porque, de alguna manera, “pensar arqueológicamente” es pensar a través de imágenes (Smiles y Moser 2005).

El exagerado escepticismo de Gargett (1989, 1999: 84) sobre los enterramientos más antiguos del Paleolítico Medio acierta al recomendar la necesidad de que reconozcamos más profundamente, por un lado, la ambigüedad inherente a las trazas de los registros que

recuperamos en las excavaciones, y por otro, la necesidad de refinar los criterios y metodología de análisis para diferenciar restos enterrados de forma natural y restos intencionadamente enterrados por los homínidos. Sin duda hacen falta más enterramientos paleolíticos que puedan ser excavados con metodologías depuradas; necesitamos muchos más retratos de adultos y niños de la calidad de Lagar Velho (Zilhao y Trinkaus 2002), pero con todo, el conocimiento sobre las percepciones, actitudes y tratamiento de la muerte en el Paleolítico debe seguir siendo una ventana abierta a la vida de las poblaciones del Paleolítico. Este libro ayuda a limpiar los cristales de esa ventana y, sobre todo, propone una manera original de (re)pensar las prácticas funerarias, creando un marco evolutivo y conceptual de la más remota actividad mortuoria desde nuestras raíces primates.

Un estudio global de la muerte en la Prehistoria queda por hacer. Me refiero a desarrollar de forma amplia lo que, sabiamente, esbozo Childe (1945): trazar las tendencias acumulativas de las prácticas funerarias en todas las escalas posibles: de los neandertales a las tumbas imperiales. El registro arqueológico es inmenso pero nos falta igual inmensidad de capacidad interpretativa. Y para concluir una inquietante pregunta final del autor: ¿Cómo difiere realmente la colocación de un cuerpo en un hoyo del comportamiento de una hembra chimpancé que lleva consigo a su cría muerta durante semanas? (p. 262). Quizás, cómo concluye Paul Pettitt, en términos al menos de comportamiento mortuorio no somos tan diferentes o por lo menos, creo yo, no lo hemos sido durante la mayor parte de la evolución de nuestra especie.

Gonzalo Ruiz Zapatero

Dpto. de Prehistoria
Universidad Complutense, Madrid

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BINANT, P. (1991): *La préhistoire de la mort. Les premières sépultures en Europe*. Errance, París.
- CHILDE, V.G. (1945): Directional changes in funerary practices during 50,000 years. *Man*, 45:13-19.
- DEFLEUR, A. (1993): *Les sépultures moustériennes*. CNRS, París.
- GAMBLE, C. (2001): *Las Sociedades Paleolíticas de Europa*. Ariel, Barcelona.
- GARGETT, R.H. (1989): Grave shortcomings: the evidence for Neandertal burial. *Current Anthropology*, 30:157-190.
- GARGETT, R.H. (1999): Middle Palaeolithic burial is not a dead issue: the view from Qafzeh, Saint-Césaire, Kebara, Amud, and Dederiyeh. *Jour. Hum. Ev.*, 37: 27-90.
- HUBLIN, J.-J. (2009): The prehistory of compassion. *PNAS*, 106 (nº16): 6429-6430.
- LEROI-GOURHAN, A. (1964): *Les Religions de la Préhistoire*. P.U.F., París.
- MOSSER, S. (1998): *Ancestral Images. The Iconography of Human Origins*. Cornell University Press, Nueva York.
- NILSON-STUTZ, L.; TARLOW, S. (eds.) (en prensa): *The Oxford Handbook on Death and Burial*. Oxford University Press, Oxford.
- RENFREW, C. (2007): *Prehistory: the Making of the Human Mind*. Weidenfeld & Nicolson, Londres.
- ROSAS, A. (2010): *Los neandertales*. CSIC-Los Libros de la Catarata, Madrid.

SMILES, S.; MOSER, S. (eds.) (2005): *Envisioning the Past: Archaeology and the Image*. Blackwell, Oxford.
SMIRNOV, Y.A. (1989): Intentional human burial: Middle Palaeolithic (last Glaciation) beginnings. *Journal of World Prehistory*, 3: 199-233.
SOMMER, J.D. (1999): The Shanidar IV "Flower Burial": a Reevaluation of Neanderthal Burial Ritual.

Cambridge Archaeological Journal, 9 (1): 127-137.
SPIKINS P., RUTHERFORD, H.; NEEDHAM, A. (2010): *The Prehistory of Compassion*.
ZILHAO, J.; TRINKAUS, E. (eds.) (2002): *Portrait of the Artist as a Child: the Gravettian Human Skeleton from the Abrigo do Lagar Velho and Its Archaeological Context*. *Trabalhos de Arqueologia* 22, Lisboa.

Fulvia Lo Schiavo, James D. Muhly, Robert Maddin y Alessandra Giumlia-Mair (eds.). *Oxhide Ingots in the Central Mediterranean*. A.G. Leventis Foundation, Cipro y CNR-Istituto di Studi Sulle Civiltà dell'Egeo e del Vicino Oriente, Roma, 2009. ISSN 1126-733X, ISBN 88-87345-15-5

El comercio en el Mediterráneo en la Edad del Bronce ha sido tema central de numerosos estudios desde que se descubrieron las grandes civilizaciones mediterráneas y objetos cargados de etnicidad fueron descubiertos en los más diversos y distantes contextos arqueológicos. Entre dichos objetos, los lingotes de cobre de tipo piel de toro (*oxhide ingots*) o lingotes chipriotas son posiblemente los que han generado mayor volumen de información y no pocas enconadas controversias. No en vano la metalurgia se considera piedra angular del armazón económico e industrial de ese periodo.

El presente volumen, editado por cuatro especialistas en el tema respaldados por una abultada bibliografía personal y muchos años de experiencia, coordina eficazmente los trabajos de un amplio equipo de investigadores compuesto por arqueólogos y arqueometalúrgicos con la finalidad, a mi modo de ver conseguida, de poner al día el estado de la cuestión. Digo poner al día, que no dar solución a todos los interrogantes que a lo largo del tiempo han ido surgiendo, y los autores son conscientes de ello. Pero para algunos interrogantes sí hay ya respuestas sólidamente argumentadas.

En la actualidad se conocen varios cientos de lingotes de tipo chipriota o sus fragmentos en el Mediterráneo central. La inmensa mayoría la componen los hallazgos de Cerdeña, pero también los hay en la propia isla de Chipre, en Sicilia, Córcega y el sureste francés. Era conveniente ordenar todos estos materiales en un catálogo sistemático de indudable utilidad y a ello se dedica gran parte del libro, desde el capítulo II al V (pp. 135-430). Pero no se trata sólo de un inventario con buena documentación gráfica: en cada caso se ha tratado de actualizar la información arqueológica correspondiente a los yacimientos donde se produjeron los hallazgos, tarea imprescindible (aunque a menudo difícil en el caso de los depósitos y ocultaciones) teniendo en cuenta que uno de los temas cruciales en debate es la cronología.

Desde mi punto de vista, y dejando a un lado los capítulos de catalogación, lo que hace más interesante el

libro, si cabe, es haber planteado desde una perspectiva historiográfica el enfrentamiento, en ciertos momentos irreconciliable, entre arqueólogos y arqueometalúrgicos, y de los arqueometalúrgicos entre sí (p. 26 y ss.); un conflicto que ha durado muchos años y que sigue animando enconadas discusiones, muchas de ellas revisadas en el texto en sus aspectos más sobresalientes.

En un tema como el comercio y la difusión de mercancías, la cuestión de la procedencia cobra especial relevancia. En este caso, por tratarse de un metal, el cobre, se añaden condimentos de índole tecnológica que no pueden ser soslayados sin incurrir en un grave error metodológico. Pero en la década de 1960, por poner una fecha de arranque, apenas se había iniciado alguna aproximación arqueometalúrgica al problema y las hipótesis imperantes acerca del comercio mediterráneo en la Edad del Bronce se basaban en cálculos y reflexiones sobre las evidencias arqueológicas. Había, desde luego, cierta unanimidad en que el cobre circulante debía proceder mayoritariamente de Chipre y que se trataba de cobre muy puro, consideración esta última basada en los análisis disponibles de la composición química de algunos lingotes.

La puesta a punto de un método analítico para detectar la "huella dactilar" del cobre y sus minerales mediante la determinación de sus isótopos de plomo, resultó verdaderamente impactante. Esto ocurría en 1982, de la mano de N.H. Gale y Z.A. Stós-Gale desde Oxford, publicando en los años siguientes sendos trabajos acerca de las fuentes de aprovisionamiento de cobre (Gale *et al.* 1985; Gale y Stós-Gale 1986). El método ha sido criticado, a veces duramente, desde el campo de la Arqueometalurgia acusándolo de no tener en cuenta la posibilidad de que el reciclado del metal y la mezcla de cobres de distinta procedencia alteren las relaciones isotópicas resultantes, llevando a interpretaciones inconsistentes. Andreas Hauptmann, en un excelente artículo del Capítulo VII (pp. 499-514) revisa esas objeciones, particularmente las de Budd *et al.* (1995) que inciden sobre